

ORTEGA FRENTE AL NEOKANTISMO*

LESZCZYNA, Dorota: [José Ortega y Gasset. *La herencia de Kant y del neokantismo marburgués*]. Wrocław: Arboretum, 2011, 244 p. (texto en lengua polaca).

JEAN-CLAUDE LÉVÊQUE

Este interesante ensayo de la investigadora polaca Dorota Leszczyna intenta aclarar las huellas kantianas y neokantianas en la obra de Ortega y Gasset, no sólo en la obra temprana del autor, sino también en sus últimos textos, como en *La idea de principio en Leibniz*.

El trabajo de Leszczyna se puede dividir en dos partes: en la primera, la autora reconstruye la trayectoria vital y filosófica de Ortega, subrayando la centralidad del problema de la vida tal y como se manifiesta ya en las primeras pruebas filosóficas del autor y discutiendo también las principales periodizaciones de su obra, como las de Morón Arroyo y de Ferrater Mora. Tal vez lo más interesante de esta primera parte del ensayo sea la reconstrucción de la recepción de la filosofía de Kant en España entre el siglo XIX y el siglo XX: Leszczyna no se limita a citar los trabajos críticos más destacados en castellano (entre otros, los de Abellán y Villacañas, sino que hace oportunamente referencia a un artículo publica-

do por el intelectual polaco Wincenty Lutoslawski en los *Kantstudien* sobre la fortuna de la obra de Kant en tierra ibérica).

Las obras de autores como Perojo y Figueras y como Toribio Nuñez Sessé contribuyeron al intento de sistematización de la filosofía hispánica y prepararon el terreno para la labor de los kantianos del siglo veinte. Sin embargo, la figura más destacada en el panorama del kantianismo hispánico es la de Sanz del Río: la autora le dedica, basándose también en el trabajo de G. Fraile, un amplio párrafo de su ensayo. De forma muy lúcida, Leszczyna, antes de entrar en el detalle de la herencia kantiana y neokantiana en Ortega, analiza las relaciones entre el filósofo madrileño y Manuel García Morente, otro kantiano destacado. García Morente no sólo estudió también en Marburgo, sino que dedicó una monografía importante a la estética de Kant y se interesó por la pedagogía social de Natorp.

En la segunda parte de su ensayo, Leszczyna analiza los dos textos que Ortega ha dedicado a la figura y a la obra de Kant, *Kant. Reflexiones del centenario, 1724-1924*, de 1924, y *Anejo a mi folleto "Kant"*, de 1929. Como subraya la autora, Ortega en 1924 tiene todavía en cuenta las lecciones de sus maestros Cohen y Natorp con referencia al intento de sistematización de la filosofía y de la ciencia.

La investigación de Leszczyna nos permite entender mejor las relaciones

* Este trabajo se integra en los resultados del proyecto de investigación FFI2009-11449, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

complejas que la filosofía de Ortega mantiene con el neokantismo marburgués, de superación pero también de diálogo crítico ininterrumpido. En el segundo ensayo kantiano, Ortega intenta buscar, más allá del trascendentalismo, las huellas de una ontología reprimida, impulsado también por la lectura de Heidegger. La filosofía de Kant sigue siendo para Ortega “actual y vital” (p. 126); desde luego, actual y vital en una nueva perspectiva que se sitúa más allá del subjetivismo. En suma, con Kant más allá de Kant. Sigue luego la reconstrucción del itinerario marburgués de Ortega y la afirmación de su relevancia para el desarrollo del proyecto filosófico de la razón vital e histórica.

La asistencia a los seminarios de Cohen y de Natorp permitió a Ortega consolidar su formación filosófica. Leszczyna, apoyándose en los textos del propio Ortega y en la literatura (más bien escasa) sobre las relaciones de Ortega con el neokantismo, de forma muy acertada, tiene en cuenta también las *Cartas de un joven español* y los relatos de W. Tatarkiewicz sobre la Escuela de Marburgo.

Ortega frecuentó con asiduidad las lecciones y los seminarios de sus maestros, donde aprendió a leer a Kant, Aristóteles y Platón según el estilo filosófico de Marburgo. El capítulo dedicado a ese tema es muy largo y pródigo de informaciones y constituye una referencia ya ineludible para los que quieran tratar el tema de Ortega en Marburgo.

La autora aclara la evolución del pensamiento de Ortega a lo largo de su

segunda estancia en Marburgo, dónde el filósofo madrileño conoce directamente la fenomenología husserliana y empieza a leer más críticamente a sus maestros.

La publicación de la *Allgemeine Psychologie nach kritische Methode* de Natorp en 1912 obligará a Ortega a volver a reflexionar sobre el método fenomenológico y a tener en cuenta las observaciones natorpianas.

Ya en la reseña a los *Prolegómenos...*, Natorp había subrayado la convergencia de la fenomenología con el antipsicologismo del neokantismo marburgués; ahora bien, a pesar de estas convergencias subrayadas por Natorp, él y Husserl no llegaron nunca a entenderse, sobre todo porque Husserl quiso ya en las *Investigaciones lógicas* desmarcarse del psicologismo kantiano, que, a su entender, impedía entender “el *a priori* lógico auténtico”.

Leszczyna subraya oportunamente el cambio que supone para Ortega el segundo viaje a Marburgo en 1911 y la progresiva elaboración de una nueva filosofía, sobre todo a partir de *Meditaciones del Quijote*. El contacto con la fenomenología de Husserl supone un cambio de rumbo en la práctica filosófica de Ortega, ahora empeñado en desmarcarse de sus maestros (ver sobre todo las páginas de la 150 a la 154). Como subraya la autora, “En el «Prólogo para alemanes» Ortega y Gasset describe también otras posiciones filosóficas en Marburgo alrededor de 1911. Muchas son críticas con la filosofía de la escuela de Marburgo. Hartmann, Heimsoeth, Scheffer, así como el mismo Ortega y Gasset ya no se reclaman

de las típicas posiciones del neokantismo" (pp. 153-154).

En la última parte de su ensayo, la autora analiza la presencia de temas neokantianos en algunas obras significativas, empezando por "Adán en el paraíso" (1910). Ortega toma distancia del neokantismo, pero sigue haciendo referencia a sus maestros.

Luego, desarrolla su análisis de la evolución del pensamiento de Ortega y su alejamiento del subjetivismo y de la filosofía trascendental, insistiendo mucho en la etapa de los años treinta, en la que Ortega lleva a madurez su concepción de la vida (véanse sobre todo las páginas 192-193).

La última parte del ensayo de Leszczyna se centra en uno de los textos más complejos de Ortega, *La idea de principio en Leibniz*, donde el filósofo madrileño dialoga con el neokantismo (y con Cassirer) para criticar la ontología fundamental heideggeriana y la neoescolástica. La autora subraya con razón la presencia de temas neokantianos en la reflexión de Ortega sobre los principios: Ortega siente la necesidad, a la hora de enfrentarse a Heidegger, de volver a discutir con sus maestros y a reivindicar otra posibilidad de filosofar frente al existencialismo. De este modo, Ortega precisa que su "filosofía de la razón vital" no es en absoluto "irracionalista", sino que constituye una profundización del pensamiento moderno en una dirección alternativa al neokantismo, y que sin embargo procede críticamente de él.

La autora subraya en la página 199 de su ensayo: "de esta manera indica Ortega a la vida como dimensión pri-

mitiva frente a todas las demás, que se convierte en fundamento". La autora ve en el perspectivismo de Ortega una forma de mantener sus relaciones con el neokantismo, pero de modo crítico y volcado hacia la comprensión de una racionalidad más profunda que es la de la vida. La perspectiva es una condición gnoseológica de lo real: la única forma de relacionarse el sujeto con el objeto —es decir, la única forma de conocer— es multiplicando las perspectivas y asumiendo esa irreductible multiplicidad. Podemos aplicarlo al mero conocimiento de un objeto: no podemos verlo en su realidad última —no podemos ver su tridimensionalidad, su interior y todas sus caras o planos a la vez—, pero el sentido de esta explicación del conocimiento como perspectiva va más lejos: es un alegato contra el provincianismo, contra la creencia de que *mi* modo de ver el mundo es *el* modo de ver el mundo, el modo en que el mundo *es*. Sólo podemos aproximarnos a lo que es realmente el mundo multiplicando nuestras perspectivas sobre él.

El tema da mucho juego y probablemente merecería un seminario muy largo para ser tratado con pulcritud y detenimiento. Las últimas páginas, dedicadas al examen de la teoría orteguiana de las ideas y de las creencias, no son menos interesantes, ya que la autora compara a Ortega con sus maestros, y considera que la influencia del neokantismo permanece hasta el final en la obra de Ortega, sobre todo en su teoría del conocimiento. Quizás habría que matizar esta afirmación —el tema es sumamente complejo e intrincado—, bien que haya varios textos, además de *La*

idea de principio en Leibniz que hacen pensar que Ortega siguió dialogando con sus maestros. La filosofía de Cassirer sin duda influyó en la reflexión orteguiana a partir al menos *Historia como sistema* y echamos de menos un estudio sobre este otro tema fundamental de la crítica orteguiana. Se echa de menos, quizás, una mayor atención a la evolución interna al neokantismo y a

sus relaciones con la fenomenología, lo que ayudaría a entender mejor ciertas contradicciones propias del pensamiento de Ortega a la hora de fundamentar su concepto de “razón histórica”.

En resumidas cuentas, un estudio muy enriquecedor que cubre, por lo menos en parte, un hueco en los estudios orteguianos.